

DE ACTUALIDAD

"...Oficio... necesario, en la república bien ordenada..."

El día pasado comentábamos la expresión académica de don Antonio Maura, presidente de la Real Academia Española de la Lengua Castellana, al llamar rufianescos a los procedimientos electorales del Gobierno. Mas hoy debemos declarar que no se puede tomar estas cosas así, tra a lo trágico. Suelen ser más bien cómicas y de un cómico aburrido, de rutina. Verán un caso.

Sabemos de un distrito en que se presenta como candidato ministerial un maurista — maurista ministerial se llama él a sí mismo—que resulta ser un pobre diablo. Y véase una muestra de su ingenio mauro-ministerial. "¿Con que dudan de que el Gobierno me preste de veras su ayuda, eh?—se dijo—"¿dudan de mi ministerialidad? ¿ignoran la fuerza de que dispongo en el ministerio? ¿pues verán!" Y pide al ministerio de la Gobernación que destituyan al alcalde de la capital del distrito y nombren otro de real orden. Hay que advertir que el de real orden pertenecía al mismo bando que el destituido y que ni uno ni otro pueden influir en nada en la marcha de las elecciones. Se trataba sólo de dar una muestra de poderío, de influencia en el ministerio, de disponer de los hilos.

El que acude a ese supuesto reporte—del que nada se obtiene—es un pobre diablo, pero el ministro que le hace caso, en vez de mandarle a paseo, es otro pobre diablo. Y el pobre diablo del ministro destituye, porque sí, al alcalde de elección popular y nombra otro de real orden. Pero como ninguno se presta a aceptar este nombramiento, después de habérselo ofrecido al destituido mismo que lo rehusó, ¡claro está!, hay que permitir que vuelva el Ayuntamiento a elegir al que tenía elegido y se le destituyó.

¿Comedia? No, sino necedad y pura necedad. Necedad del pobre diablo de candidato que había querido demostrar su poder en el ministerio de la Gobernación y necedad del pobre diablo de ministro que se prestó

a esa astracanada electoral. En la que nada hay de rufianesco. ¿De grotesco, sí!

Y presumimos que en los más de los casos de que tan amarga y agudamente se quejan diervistas y mauristas hay más de grotesca astracanada que no de rufianesca maniobra.

Recordamos que hace ya bastantes años un cacique político—ya difunto—se molestó porque se hizo en Instrucción pública—que entonces estaba en el ministerio de Fomento—un nombramiento para su distrito sin contar con él y exigió, como compensación, que en el próximo nombramiento—iba a ser de auxiliares de una Facultad—se nombrase, para satisfacción suya, al último de los que figurasen en la propuesta del claustro siempre que fuese el de menos méritos y el más torpe. Y así se hizo. Que es casi como si un cacique dijese: "¿Con que se ha nombrado a ese maestro sin consultarme? ¡necesito una satisfacción! y la satisfacción será que para la próxima escuela se nombre a un analfabeto. ¡Así verán si tengo o no fuerza!" Y más de una vez se ha hecho cosas por el estilo.

Entre los políticos de profesión es muy frecuente que sacrifiquen la fuerza efectiva a la apariencia de la fuerza. Lo que les importa es aparentar. Como muchas veces con tal de aparecer hábiles—o ingeniosos—dejan de serlo. Y a este propósito se nos viene a la dolorida memoria uno de cuyo nombre no nos queremos acordar, que pasa por listo pero que en rigor suele pasarse de listo. Es decir, que no lo es, que de listo nada tiene, sino otro pobre diablo que sacrifica la realidad a la apariencia.

Cuando nos metemos por acaso a observar los manejos, intrigas y gatupeos de estos profesionales de la electorería ¡qué pobres diablos nos suelen parecer! ¡Da risa estudiar sus habilidades!

No, no, las elecciones no son una tragedia. Ni llegan a comedia. Un sainete y de los más desaboridos e insustanciales. Aunque claro está que aun siendo un sainete, y un sainete rutinario y sin gracia alguna, puede ser un tráfico de hombres públicos.

"¡Ha vendido su conciencia por un

acta!" ¿Su conciencia? ¿qué es eso de su conciencia? ¿que conciencia? ¿la psíquica? ¿la moral? ¿la política? "Bueno, sí, quiero decir la política... sus convicciones..." ¿Convicciones? ¿qué es eso? No, no ha vendido ni su conciencia ni sus convicciones. "Sí, sí, a cambio del acta ha prometido al Gobierno que le votará cuales y cuales proyectos..." ¿Y qué más da? Ni él ni los más de los que votan esos o los otros proyectos, los contrarios, saben lo que significan. La cuestión es pasar el rato. Y esto es un deporte y poco más.



Y en tanto truena bajo tierra. Truena bajo tierra y una legión de señoritos inconcientes, que se aburren soberanamente-como se aturre todo el que no tiene un manantial íntimo de hondass preocupaciones, que nacen de una mente sensible y despierta-se aprestan al deporte de las elecciones. Es una especie de cacería, en que se va a ver cuantos votos se cobran. Se cobran pagándolos. El señorito más fino, el más aristocrático, el más aburrido y desdeñoso, ni siquiera se digna aparecer por el distrito o si aparece y se pasea por él es para hablar de todo menos de elecciones. Sabemos de alguno que pretende influir en los patanes lugareños hablándoles del príncipe y de la duquesa ~~tal~~ y "S.M. me dijo..." y "le dije a Su Alteza..." Y estos son los que imponen luego el maestro analfabeto para que se vea su poder.

?Rufianesco? Menos...menos...Cervantes defendió a los rufianes, "oficio de discretos y ~~necesariísimo~~ en la república bien ordenada y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida y aun había de haber veedor y examinador de los tales" que dijo Don Quijote. (Parte I, cap. XXII). Y andió: "De esta manera se excusarian muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento..." Aquí, aquí está el toque; en que el oficio de electorero anda, de arriba abajo, entre listos que maldita su listeza. ¡Pobres diablos!! Hay cada real orden...!

Miguel de Unamuno.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

CREDOS.USALES